

La Paz

Karla Alfaro Rojas EbALAC

Aliados del Proyecto

La adaptación al cambio climático es la ruta que la humanidad debe seguir para poder garantizar la vida en el planeta, sin embargo, medidas de adaptación como las basadas en ecosistemas u otras, no pueden desarrollarse de manera exitosa sin el aporte de las niñas, niños, sus familias y sus comunidades.

Franz Tattenbach
Ministro de Ambiente y Energía
(MINAE)

El empoderamiento de la niñez en temas de conservación ambiental es fundamental para poder transmitir fuerza y armonía a las nuevas generaciones y conservar un planeta fuerte y resiliente.

Carlos Isaac Pérez
Viceministro de Gestión Estratégica
(MINAE)

El planeta nos brinda a la humanidad la materia prima para una vida digna. En tiempos del cambio climático, la naturaleza es nuestro escudo y protección, pero debemos garantizar hoy que le damos a la naturaleza el espacio que necesita para regenerarse y existir en el mañana. Las acciones de adaptación basada en ecosistemas son costo-eficientes y generan un alto impacto en el largo plazo. El mañana afecta especialmente a las niñas y niños. Es vital que sean parte de las soluciones que se implementan hoy. Por esta razón debemos invertir en su formación integral e integrarlos en espacios de gobernanza del paisaje rural.

Sabrina Geppert
Directora de Componente,
Programa EbALAC Costa Rica
GIZ





Dedicatoria:

A todos los niños y a todas las niñas de Costa Rica, que quieren vivir en un mundo más solidario, más inclusivo, y más justo para todas las personas. A las niñas y los niños que quieren una vida mejor para todas y todos, una vida de la mano con la naturaleza.

No dejen de luchar por sus sueños. Cada esfuerzo que se hace con pasión y dedicación tiene un cambio positivo para alguien, y aporta con un grano de arena a que el mundo sea un poquito mejor. Las cosas que nos parecen difíciles nos desafían a ser mejores y a vencer el miedo de lo desconocido, de ser diferente, de probar cosas nuevas. El futuro está en sus manos, y ustedes pueden hacer que la vida sea mejor para todos los seres vivos que compartimos este planeta Tierra.



Capítulo I

Las “Melcochas espías”

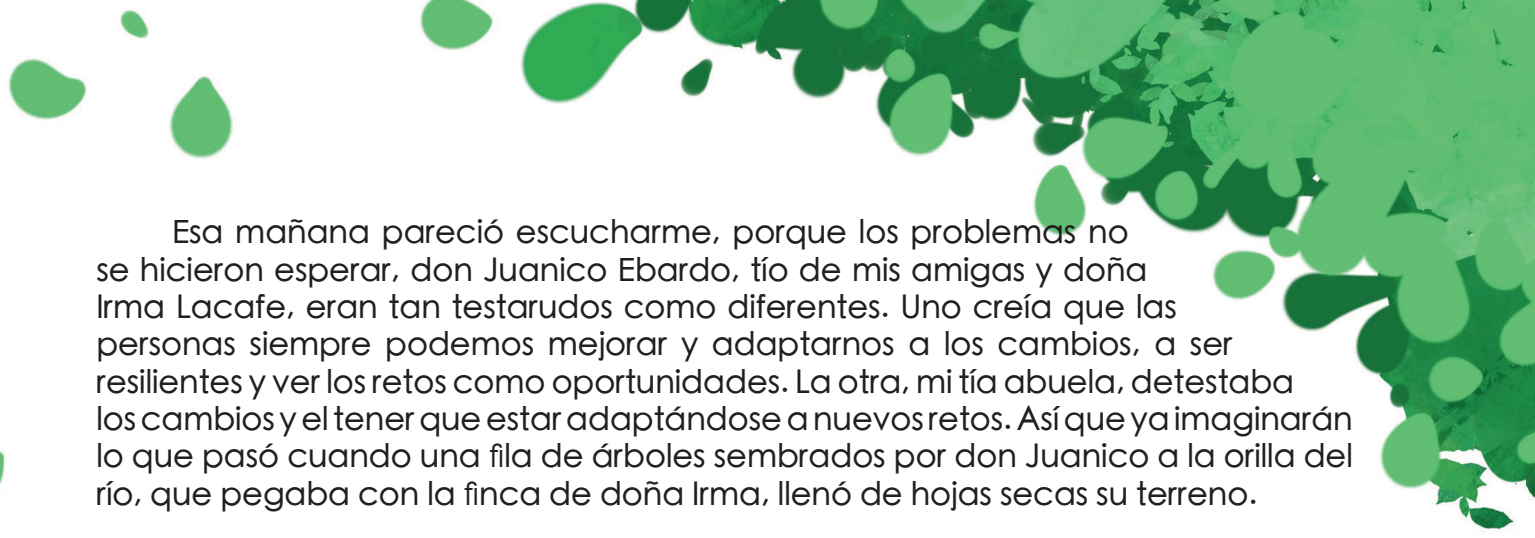
Había una vez un lugar único en el mundo, su nombre lo decía todo, La Paz de San Ramón. Allí día tras día, el frío del amanecer, hacía parecer que las nubes bajaban a dar los buenos días, y de repente todas las casas tenían cortinas ahumadas. Ahumadas como las tortillas recién palmeadas que hacía mi abuela en sus años de vida, o sus melcochas de María (eran únicas en sabor y olor)...

—¡Ay mi abuela, ella hubiera cambiado cualquier discusión en felicidad, cómo la extrañaba! Sin ella, la emoción de la envidia había entrado entre nuestras dos familias y lo había complicado todo desde su partida y la partida de la abuela de la otra familia, la familia de mis amigas secretas, pero ya les contaré más sobre ellas y nuestra misión de salvar al planeta y a las personas del cambio climático.

Por cierto, ustedes pueden ayudarnos, ya veremos cómo más adelante.

Continuemos con la historia en La Paz de San Ramón, aquel pueblo único en el mundo, donde el olor de cada mañana era como el olor de las abuelitas, y esa sensación de amor profundo, despertaba a todo el barrio y hacía que salieran a recoger la leche de los tarros lecheros que medio pueblo traía de sus ordeños, todos los días a las 3 de la mañana.

Sin embargo, las 5 am era la hora feliz, más para nuestros estómagos, porque juntos iniciábamos el día en familia; y enfrentábamos los retos también.




Esa mañana pareció escucharme, porque los problemas no se hicieron esperar, don Juanico Ebarido, tío de mis amigas y doña Irma Lacafe, eran tan testarudos como diferentes. Uno creía que las personas siempre podemos mejorar y adaptarnos a los cambios, a ser resilientes y ver los retos como oportunidades. La otra, mi tía abuela, detestaba los cambios y el tener que estar adaptándose a nuevos retos. Así que ya imaginarán lo que pasó cuando una fila de árboles sembrados por don Juanico a la orilla del río, que pegaba con la finca de doña Irma, llenó de hojas secas su terreno.

Eso empeoró el conflicto que les mencioné tras el fallecimiento de las abuelas. Era un pleito de muchos años de mis padres con toda la familia Ebaridos, a quienes culpaban de haber sembrado árboles en la finca de al lado y que según ellos, eso había herido a su ganado; una vez que por un tremendo huracán, se cayeron todos.

En ese momento, mis padres no habían sido amables y habían talado todos los árboles que habían sembrado a la ribera (orilla) del río los Ebarido; límite de ambas fincas.

Don Juanico, con su típica diplomacia, les trató de explicar por qué los árboles eran beneficiosos para ambos, para el planeta y para las personas que estamos dentro, para San Ramón y para Costa Rica, porque era parte de adaptarnos al cambio climático que está alterando la temperatura, como si tuviera fiebre por dentro y luego fiebre por fuera, y que si no nos adaptamos, nos va a destruir a todas las personas; incluidas sus fincas, su café y sus vacas. Preciados tesoros, casi solo comparables conmigo, su hijo.

Sin embargo, yo veía el mundo de una manera muy especial; por eso, para algunas personas mis amigas, Eba Lupita y Veroculares, eran traviesas y atrevidas, para mí eran encantadoras y ellas preferían hacerse llamar sororas y resilientes, aunque nadie entendía, ellas decían que era algo de la unidad, “solidaridad entre chicas y fuerza para enfrentar retos, para crear un mundo mejor”, y lo repetían cada vez que les preguntaban los vecinos, ¿qué significaban esas palabras?, sorprendidos por su particular vocabulario.







Esas chicas eran valientes y luchadoras como nadie que conociera. Ahh, pero no crean que lo digo porque Eba Lupita era mi mejor amiga y mi cómplice; eso sí a escondidas... Ya saben desde que se coló la emoción de la envidia y vinieron las divisiones entre nuestras dos familias, antes muy unidas.

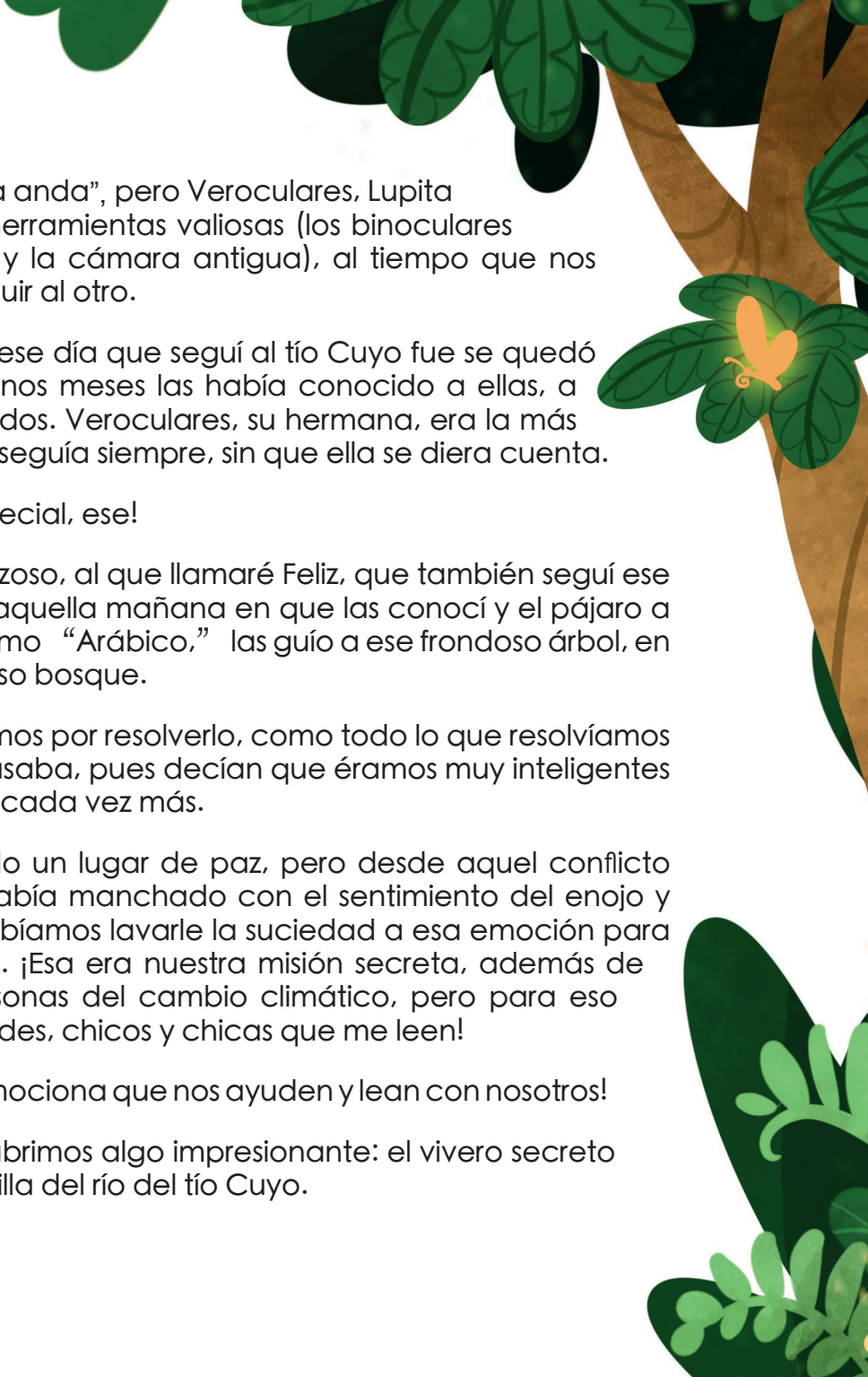
El tema de nuestras familias era más largo que un silbido de lechero, como decía el tío Cuyo Lacafe. Y aunque yo no entendía muy bien sus dichos, a todos nos divertían, así que él se esmeraba en mejorarlos. Una vez viajó a la capital, a San José, a buscar diccionarios luego de una cita médica y venía más bien aterrorizado de tanta suciedad, presas, contaminación del aire y sónica, plásticos por todo lado. Cuando llegó, nos reunió a todos los niños y las niñas y nos dijo que ojalá no repitiéramos esas prácticas y que leyéramos mucho para poder ir a cambiar el rostro de la ciudad capital algún día. Así podíamos salvar unidos al planeta y a las personas como una super liga de héroes por la tierra, decía él.

Él, en cambio, prefería ver su reflejo en la espuma de la leche mientras ordeñaba al pie de la mañana y de la vaca, a sobrevivir de nuevo, la travesía de soportar dos o tres horas de presa. Así que nos delegó esa tarea a los niños y niñas, y se dio de alta de aquellos dolores de oído.

Volvió a los ungüentos de su madre, mi abuela; quien era descendiente de indígenas. Ese no fue el único truco que ella le enseñó antes de morir de manera repentina y sin despedirse.

Hum, qué señora, siempre le gustó ser escurridiza y así nos dejó, extrañándole en cada espacio mágico y místico de este pueblo.

Mi tío era reservado con sus enseñanzas, pero un día lo seguí y puse las “melcochas de María” que había guardado de la Navidad pasada, en cada árbol que recorrió, para que las chicas, mis queridas amigas, me siguieran cuando llegaran de la escuela y jugáramos el tradicional juego de: “Lobo estás”, claro que era un lobo muy despistado y me iba comiendo las melcochas, mientras las



seguía. Luego jugábamos “La anda”, pero Veroculares, Lupita y yo, tocábamos a nuestras herramientas valiosas (los binoculares reciclados, la lupa reciclada y la cámara antigua), al tiempo que nos saltábamos el turno de perseguir al otro.

Lo más sorprendente de ese día que seguí al tío Cuyo fue se quedó en el árbol donde hace algunos meses las había conocido a ellas, a Eba Lupita y Veroculares Ebardos. Veroculares, su hermana, era la más pequeña y traviesa porque le seguía siempre, sin que ella se diera cuenta.

—¡Sí que era un lugar especial, ese!

Por algún motivo un perezoso, al que llamaré Feliz, que también seguí ese día, me llevó hasta ese árbol aquella mañana en que las conocí y el pájaro a quien las chicas bautizaron como “Arábico,” las guió a ese frondoso árbol, en medio de aquel rico y misterioso bosque.

Pero ese misterio, estaríamos por resolverlo, como todo lo que resolvíamos unidos los tres. Nada se nos pasaba, pues decían que éramos muy inteligentes y eso nos motivaba a estudiar cada vez más.

La Paz siempre había sido un lugar de paz, pero desde aquel conflicto tras el huracán, esa paz se había manchado con el sentimiento del enojo y la emoción de la envidia y debíamos lavarle la suciedad a esa emoción para volver a respirar con claridad. ¡Esa era nuestra misión secreta, además de salvar al planeta y a las personas del cambio climático, pero para eso necesitamos la ayuda de ustedes, chicos y chicas que me leen!

¡A las chicas y a mí, nos emociona que nos ayuden y lean con nosotros!

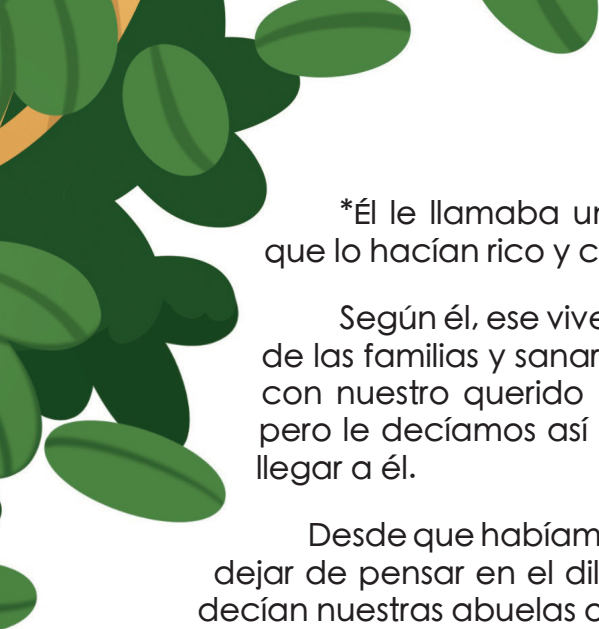
Pero ese día sí que descubrimos algo impresionante: el vivero secreto de plantas medicinales a la orilla del río del tío Cuyo.



Agropaisaje:

Cuando alrededor del bosque, hay ríos, se desarrolla la agricultura, el turismo, y la reforestación, (por ejemplo).





Él le llamaba un agropaisaje porque tenía diversidad de elementos que lo hacían rico y colorido, como a una ensalada.

Según él, ese vivero en medio del agropaisaje, iba a resolver el conflicto de las familias y sanar la relación del pueblo con la naturaleza, en especial con nuestro querido Baobah; que en realidad era un Higuierón frondoso, pero le decíamos así porque nos gustaba pensar en el libro *El Principito*, al llegar a él.

Desde que habíamos leído *El Principito* en la escuela, no habíamos podido dejar de pensar en el dilema de si este árbol era sabio y nos ayudaría, como decían nuestras abuelas o si más bien crecería tanto que podría acabar con las fincas, como refunfuñaban mis padres y algunas de mis tías.

Sin embargo, nuestras abuelas y las chicas repetían siempre que allí adentro había una luz y que algún día saldría. Extrañaban un bosque colorido y verde como el de las abuelas, no seco, sin animales y de color apagado, solo con ganado y pastos.

Yo les seguía la corriente, pero no sentía mucho. Lo que sí percibía era una luz y ya que mi tío Cuyo también creía en lo mismo, les apoyaba, y cuidaba con ellos, cada planta que crecía oculta a la orilla del río casi seco, pero cada siembra del tío lo hacía parecer más sano, tan sano como cada persona que él mismo curaba con yerbas secretas, pues tenía miedo de que, si decía algo de su huerta mágica (el agropaisaje secreto), perderíamos esos beneficios de la naturaleza, volvieran a dañar los árboles, secar el río, o alejar a los animales que ya empezaban a rodearlo, luego de muchos años de tristeza y soledad en ese lugar.

Pues se había convertido en un bosque sin verde, sin agua casi en su río y sin animales, luego de aquel huracán y la disputa familiar.

Capítulo II

La vaca loca

Esa madrugada no paraba de sonar la atrevida vaca, pasaba la cola una y otra vez por el robusto tronco de aquel emblemático árbol, testigo de la historia de este lugar. Las abuelas, sus andanzas, la escuela, la iglesia, los curas, los pastores; le tenían respeto a este árbol leyenda, que desprendía desde su interior algo muy singular, un brillo mágico, pero esa madrugada, la vaca parecía querer aferrarse a él como nunca antes lo había hecho nadie; ni siquiera la escurridiza y favorita de aquella vaca negra con blanco (como un gallo pinto recién hecho): doña Eureka Ebarido. Aunque ya no estaba con nosotros, sus anécdotas protagonizaban cada reunión en Piedades Sur de San Ramón.

Uy mi desayuno, debo compartirlo en el bosque, con mi perro Lanufy y con Eba Lupita, mi compañera de aventuras.

—Ve pajarito, Arábico, dile a Eba, tu amiga, que la espero con media tortilla, queso y cajetas, ¡cajetas!, claro ya es época de las cajetas de San Ramón. Quizá ella también lleve las de su familia y al juntarlas seremos más poderosos que los problemas de nuestras familias. Cuando los resolvamos, no sólo el planeta será más libre y resiliente al cambio climático, sino que nuestra amistad también.

Aquella mañana alisté todo en hojas de plátano y salí de puntillas en la madrugada. Luego de los ordeños, la casa quedaba silenciosa hasta el próximo bullicio que no tardaba mucho en aparecer.

Esa mañana corrí para salir sin que me pillaran, o empezaran mis próximas tareas diarias; “tenía tantas tareas que ni el presidente podría con ellas”, como me decía en tono burlesco mi madre, cada vez que le reclamaba.


Llegué a ese iluminado árbol frondoso que llevaba años ahí. Era testigo de tantas historias que, si hablara, la paz volvería a La Paz, así que Eba Lupita Ebarido y yo, Agustín Lacafe, nos las ingeniaríamos para que lo hiciera.

A watercolor-style illustration of a brown cow with large, expressive brown eyes. The cow has a white, flower-like tuft on its forehead. It is shown eating green grass. The background features a bright blue sky with soft white clouds and a field of green grass with yellow and purple flowers.

Beneficios de la Naturaleza:

—Medidas de Adaptación Basadas en Ecosistemas (ABE):
“Pueden apoyarnos a adaptarnos a efectos adversos al cambio climático, por medio del uso de la biodiversidad y los servicios ecosistémicos que nos puede brindar, como el agua”.





Algunos decían que esa luz crecía con los años y el hueco dentro del Higuerón nos atraía hacia ella como un imán, pero debíamos hacer la inspección rápido, entonces el pájaro Árábico y el perezoso Feliz, mi amigo fiel, debían distraer al que llegara.

Árábico era un pájaro campana y nuestro mensajero secreto, así que siempre venía cansado de ir de allá para acá, pero siempre que lo seguíamos algo bueno pasaba, entonces esta vez revoloteó tanto que apenas si dejé llegar a Eba y a su hermanita Veroculares, (quien ya imaginan lo que colgaba de su cuello siempre: sus binoculares), para que no se le fuera ningún detalle en ayudar al planeta Tierra, pues en la escuela la habían declarado defensora de la Tierra.

Ella se tomaba muy en serio esa importante labor; cosa que deberíamos hacer todas las personas, porque de nosotros depende nuestra permanencia como especie en la Tierra.

Pero ese Higuerón mágico, era diferente a todos los demás, pero no solo por dentro sino por fuera, él parecía saber de nuestra lucha contra el cambio climático y sus raíces habían sido volteadas hacia arriba para no invadirnos y que no lo cortaran, si lo descubrían en el fondo de aquel casi apagado bosque. Porque, aunque al principio confundimos sus espinas (raíces) con rosas, como en *El Principito*, éstas eran devastadoras.

Pero en cambio, las raíces locas, eran ideales, según leímos con el tío Cuyo, para su servicio ecosistémico de brindarnos agua de forma natural que nos venía

muy bien, porque luego de que casi secaron el río, el sistema comunal que nos supe este líquido vital, la ASADA, tuvo que reducir la cantidad de agua que proporciona a las casas y hacer campañas para incentivar que las personas reduzcan el uso y consumo de agua.

Nosotros muchas veces llevábamos botellas en secreto de entre sus raíces y repartíamos agua al pueblo con el tío Cuyo. Nadie entendía de dónde salía, pero como les beneficiaba, tampoco indagaban mucho. Excepto uno que otro curioso de la escuela a quienes les dimos la tarea de ayudarnos a repartir agua, antes de contarles el camino al bosque secreto, dentro del bosque apagado.

De repente un ruido muy jadeante, de alguien ahogándose, cuál peor crisis de asma jamás vista, me sacó de mis pensamientos y eran Eba y detrás Veroculares, quien la seguía siempre a escondidas.

La volteamos a ver los animales y yo, con asombro, porque ella era muy activa, pero definitivamente algo le había sorprendido y asustado, además del frío de la mañana... Su aspecto era de terror...



El tesoro depende de una rivera de plantas medicinales

Eba Lupita empezó a agitarse más y más. Todos estaban acostumbrados a que eso le pasara a Veroculares, pero a Eba nunca le había ocurrido, así que salió corriendo a llamar a su mamá, con ayuda de nuestro pájaro Arábico que se le presentó de repente en la ventana de la cocina, sacándola de sí y haciéndola salir de la casa para seguirlo, ya que habían pasado muchos años desde que no se veían animales en ese sector de La Paz. Desde que aquel conflicto que había generado una injusta deforestación, el bosque se había empezado a apagar y ella lo sufría cada día, añorando que la paz, volviera a La Paz.

El perezoso, que era muy mágico, se fue a su ritmo entre las ramas de los árboles detrás de Veroculares, porque en el instante en que doña Tina, su madre, me viera, o a alguno de mi familia, pisar un espacio de su finca, sabía que me regañaría sin dudarle dos veces. Y no la culpaba, mis padres no habían sido amables y habían talado todos los árboles de la ribera del río que eran el límite de ambas fincas, pero que eran de ella.

Con inexplicable odio, los habían culpado de los estragos del huracán “sin nombre” como le decían popularmente allí, por el daño que causó, no solo en lo material, en las fincas, escuelas y el barrio, sino por las disputas entre esas dos grandes familias que habían fundado con su esfuerzo, La Paz de San Ramón.

Entre el pájaro y Veroculares que pareció a mitad de camino entre la casa y el bosque casi seco, se encargaron de enseñarle a doña Tina, la madre de las niñas, aquel majestuoso perezoso en el gigante árbol.

Ella sorprendida siguió corriendo y se introdujo en el bosque hacia el sector mágico y secreto al cual no había regresado tras la disputa después del huracán.

Doña Tina estaba sorprendida, pues hacía más de tres años que no veían uno en la zona y menos un pájaro Campaña como era “Arábico”, al lado de su ventana en la cocina.

Secándose las lágrimas con su delantal, el cual no pudo ni quitarse al salir, frenó de repente, porque se percató de que estaba ingresando al territorio de aquella trágica disputa, donde según los Lacafe, unos árboles habían matado su ganado. Era el lugar mágico, pero desde esa vez, nadie había vuelto a ingresar.

Nadie salvo nosotros tres y el tío Cuyo, pero en secreto. Ya saben, como parte de nuestra misión secreta salvar al planeta y a las personas.

Doña Tina, empezó a sentir que le brincaba el corazón, porque recordó aquella vez, tras el huracán donde, por más que les explicaron los del comité de emergencias del pueblo, a los Lacafe, que se trató de un fenómeno climático, una tala no autorizada posterior, y de un robo de ganado en ambas fincas; los Lacafe no quisieron escucharles.

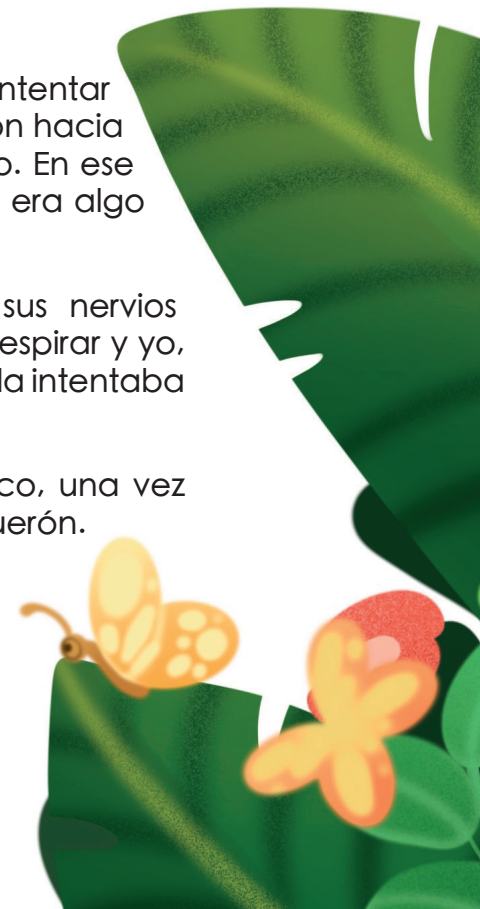
Así que se detuvo en seco, y doña Tina casi se cae al intentar devolverse, pero Veroculares y el pájaro Árabe le empujaron hacia el fondo de aquel lugar que había querido dejar en el olvido. En ese sitio había empezado el conflicto entre las dos familias y eso era algo que ella no quería recordar...

Al llegar ahí con el corazón a punto de salirse, sus nervios empeoraron, Eba Lupita estaba tirada en el suelo sin poder respirar y yo, Agustín Lacafé, le sostenía en un temblor. Entre llanto y gritos ella intentaba decir una plegaria.

Al voltearme noté como Veroculares y el pájaro Árabe, una vez más huían del sitio casi traspasando el gigante tronco del Higuierón.


La madre congelada me miró fijamente con miedo y enojo.

—¡Se ahoga!, —gritó.









Apenas iba a tratar de explicarme, cuando Veroculares, el pájaro Árabe, el perezoso Feliz y mi tío Cuyo, salieron de nuevo de la nada, de entre el tronco mágico, con una pasta verde que le pintó el rostro y el cuello a Eba Lupita.

¡De inmediato empezó a respirar!

—Rápido, doña Tina, hay que llevarla al hospital más cercano, —dijo mi tío Cuyo, quien tenía años de no hablarle, luego de aquella horrible disputa.

—Ahhhh, sí, sí —dijo con voz nerviosa.

Seguimos a Veroculares y al tío Cuyo y como si hubiéramos subido por encima de las ramas de aquel mágico árbol, aparecimos en la clínica y de un bocado, las camillas, mangueras, sábanas y mascarillas, se tragaron a Eba Lupita.

De repente, no la vimos más, fue como si se la hubieran comido. La cubrieron por completo y su sombra se alejó en un frío y largo pasillo.

Solo pude abrazar a Veroculares y fingir que estaba tranquilo para que la valiente chica de 3 años, no se asustara más.

La fuerza en realidad me vino de ver a doña Tina Ebardos y a don Cuyo Lacafe; mi tío, quienes estaban abrazados. El resto del pueblo que no tardó en enterarse, los miraba expectante al fondo.

Capítulo IV

Siembra de reconciliación en La Paz

El silencio de la tristeza, la preocupación y la incertidumbre, se vio interrumpido por las sirenas de una ambulancia que acaparó las miradas de aquel tranquilo pueblo, donde todos se habían unido en oración y bajo el unísono poder de la esperanza para tratar de recuperar la paz.

Todas las personas estaban presentes menos el matrimonio Lacafe, mi padre y mi madre, que me habían regañado por jugar con las chicas Ebardos. ¿Se acuerdan? Fue por visitar aquel lugar “prohibido”, que más bien era mágico y restaurador; algo que ellos no entendían. Mi tío Cuyo me salvó, él había dado una de sus excusas sabiondas y como no le entendían ni la “A”, dejaron la cantaleta contra mí y se fueron a ordeñar sus amadas vacas, tan amadas como yo, o más, ahora que lo pienso. Porque a ellas nos las regañaban por hablar con sus amigas, jajaja.

Yo soñaba con tener las vacas junto al río, los árboles, la huerta y los animales del bosque de regreso; todos unidos en lo que el tío Cuyo llamaba “Agropaisaje” y que en el pasado nos había hecho un lugar de paz, paz con el ambiente. Añoraba ese día, tanto como a las melcochas de María.

Bueeeeno, pero qué hago yo riéndome si llegó una ambulancia a la casa de Eba Lupita, ¡ay santísima!, ¿será bueno o malo? Fijo bueno, porque mi amiga no me puede dejar solo sin descubrir el poder del Higuerón para nuestra misión de rescate del planeta y del pueblo. Veroculares y yo, sin ella, no podemos. Ni aún con Feliz y Arábico.

—¡Suenan sirenas!, ¿por qué suenan sirenas? —me gritó Veroculares del otro lado de la calle.





—Oyes, esto ¿Será bueno o malo? Ella era muy honesta, le gustaba vestirse de honestidad y libertad, así que no había que culparla.

—¡Quiten esas vacas del camino que Eba Lupita regresó!, —gritó el administrador de la pulpería, don Abundio.

—¡Que la luz de nuestros ancestros encandile las sirenas!, —gritó doña Lely.

—¡Mujer, no seas imprudente, le llamó la atención el pulpero, si ella está con vida, es por mano divina!

—¡Deja a los antepasados dormidos y en paz!, —le dijo.

—¡Paz, paz, paz para todas las personas en el pueblo, es lo que requerimos! ¡Que así como Eba Lupita, Veroculares y Agustín Lacafé, se quieren, así nos deberíamos de querer, apoyar y sacar este pueblo adelante!

¿Eso que tiene que ver, si fue un ataque respiratorio por algo que comió...?
—me dijo doña Tina.


—Seguro a usted no le cont... —dijo el pulpero a quien doña Lely no dejó terminar.

—¿O más bien es por mala calidad del aire? No será que la falta de árboles a las riberas del río, la falta de bosque alrededor de las fincas, cada vez más secas, y ese aire cargado de envidias; la intoxicaron? ¡Yo creo que este es el llamado al cambio!

—¡Ay, ay, ay. Qué mujer, mejor vamos a ayudar con la sopa de pollo, que eso cura a cualquiera!

—¡Pues yo ya hice tortillas y apagué el fuego!

—¡Vamos!



A pesar de mi tristeza, el sonar de las cimarronas lideradas por el pulpero y los maestros del pueblo, me alegraron el corazón.

Entonces crucé la calle, tomé a la niña, Veroculares, de la mano y le dije:

—Es bueno Veroculares, es bueno.

De repente salió todo el pueblo, hasta los animales de los vecinos, a ayudar a bajar a Eba Lupita de la camilla para pasarla a su delicado cuarto de madera, que es pequeño, pero cargado de amor.

De camino, el personal del hospital de Alajuela, la provincia de nuestro pueblo, le pidió a doña Tina que por favor apagara el fogón, donde terminaba de hervir la sopa de pollo “levanta muertos”, como le decíamos.

Por cierto, la sopa de pollo con brócoli, también estaba dentro de nuestros aliados para tratar de salvar al planeta, por eso las chicas y yo comíamos siempre que nos sentíamos débiles o tristes.

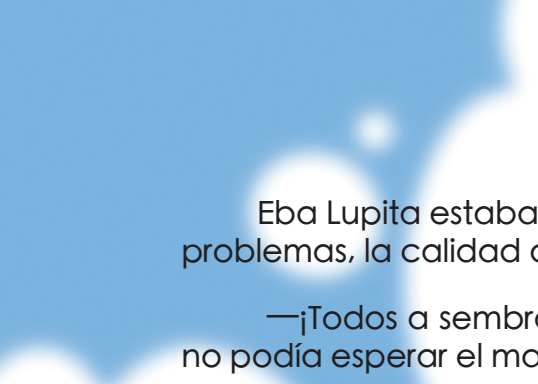
—Pero si más bien quiero que ustedes se coman un gallito, —dijo doña Tina. ¿¡Cómo que la apague!?

Ante el ofrecimiento, la enfermera le explicó que por la tos y el estado delicado de salud de la niña, debe apagar la cocina hasta que la “nebulicen”, e instalen todo en su cuarto.

Fue un mundo para ellos explicarle a doña Tina lo que era “nebulizar”, pero una vez que recordó a su mamá diciendo que de niña a ella la nebulizaron con un tubito y un spray en la boca, se calmó.







Eba Lupita estaba enfrentando una crisis de asma y el reporte resaltaba dos problemas, la calidad de aire del lugar y las cocinas de leña cerca de la niña.

—¡Todos a sembrar árboles, lo otro, lo vemos luego!, —gritó doña Lely, que no podía esperar el mañana.

En ese momento recordé que mi padre Agustín Lacafe, se había tenido que nebulizar varias veces. Salí corriendo a casa de mis padres y busqué en la misma maceta de siempre alguna llave diferente.

—¡Ya está, es esta, encontré la llave de ese mueble de papá!

Bajé las escaleras hacia la bodega y lo vi, antiguo como aquella disputa fría y pálida entre las familias del pueblo. A ver, a ver, anja, ¿qué es esto?: “aparato para nebulizar, con una nota de mi abuela... “Agus, al igual que Tina, Tina, no lo puedo creer.

Bueno, mejor termino de leer, “...al igual que Tina, debías nebulizarte, pero los árboles los curaron a los dos. Jamás los dejen” .

¿Cómo? Mi padre entonces sabía lo importante del bosque y de adaptarnos al cambio climático y aun así, dejó que la ira lo invadiera...

Furioso me fui a buscarle, pero no le encontré, así que me fui llorando a contarle a las chicas, pero al llegar...

El silencio invadió aquella casa de nuevo, los Lacafe en pleno llegaron, entraron...

Veroculares con algo en brazos, me haló de la mano, me dijo que me callara y corrimos por debajo de las piernas de todas las personas presentes. Al dar saltos, sin saber por qué, íbamos dejando hojas de aquel histórico Higuerón que emanaban luz. Al ver las hojas, todos recordaron cómo culparon a aquel

ancestral árbol, que había mantenido durante años alejadas las malas hierbas del pueblo. Todo ello antes de aquel accidente conocido por los presentes.

A como pudimos nos colamos por debajo de todos en la casa y llegamos al cuarto. Yo llevaba aquella caja en brazos, pero algo pasó y la luz la convirtió en brillo, le colocamos las hojas en la frente a Eba Lupita y al olfatearlo, empezó a respirar mejor y todos se pidieron perdón.

Mi amiga se recuperó de su estado de salud y de repente, en medio de las tejas de la sala de la casa, cayó una lámina de madera dorada, con un juego del tesoro escondido.

—¡Manos a la obra!, —gritó Eba Lupita, en brazos de sus dos grandes amigos, Veroculares y yo.

Al vernos, los Lacafe, mis Lacafe, los Ebarido y todos nos siguieron, al tiempo que recobraban las sonrisas apagadas por aquella vieja disputa.

Durante el recorrido, encontramos unas viejas cartas arrugadas de nuestras abuelas, explicando lo que pasó el día de la tragedia en el hueco del árbol, que por fin descubrimos que lleva a un nuevo río saludable y cargado de beneficios para los ecosistemas y la comunidad; es decir bendecido por la naturaleza.

Desde ese momento nos lleva agua, biodiversidad y lo más importante, nos devolvió la salud de Eba Lupita y la calidad del aire del pueblo.

Al pueblo, le devolvió la fe y la esperanza de seguir adaptándose al cambio climático y a lo que venga, es unidos.

¡En la unión está la ventaja!, brindaron al sonar del agua dulce y las melcochas de Doña María, al terminar de sembrar una cerca viva en medio de las dos propiedades de la antigua disputa (Lacafe y Ebarido), en aquel bosque primario de la zona occidental de Costa Rica y un pueblo humilde, pero sabio.

“Los árboles, les unirían de nuevo; jamás fueron los culpables”, se leía en un rótulo que tenía el nombre del pueblo, “La Paz de San Ramón de Costa Rica”.



Acciones que puedo realizar para ayudar a salvar el planeta y a la pandilla por el planeta de la Paz



.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Eba Lupita, Agustín y Veroculares te preguntan...

¿Por qué es bueno sembrar árboles a la orilla del río?

.....

¿Qué es un Agropaisaje?

.....

¿Qué es una cerca viva?

.....

¿Por qué entró la emoción del enojo a La Paz?

.....

¿Para qué sirve un río?

.....

¿Por qué se habían ido los animales del bosque?

.....



Información del Proyecto: Escalando las Medidas de Adaptación basada en Ecosistemas (AbE) en la América Latina rural.

El programa “Escalando medidas de adaptación basadas en ecosistemas (AbE) en áreas rurales de Latino America” (EbA LAC) apoya los esfuerzos de acelerar medidas de adaptación contra el cambio climático, la restauración de ecosistemas y protección de la biodiversidad en varios sectores para fomentar la transición hacia paisajes resilientes y biodiversos.

EbA LAC colabora con la comunidad internacional de adaptación y protección de la biodiversidad, los gobiernos nacionales y subnacionales para escalar medidas de AbE en paisajes seleccionados en Costa Rica, Ecuador y Guatemala y es financiado por el Ministerio Federal Alemán de Medio Ambiente, Protección de la Naturaleza, Seguridad Nuclear y Protección de los Consumidores (BMUV), a través de su Iniciativa Climática Internacional (IKI) e implementado por la Cooperación Alemana -GIZ- como agencia líder, en asocio con la UICN (Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza) y el CATIE (Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza). En Costa Rica se trabaja en estrecha coordinación con el MINAE y el SINAC.